

## Loïc Wacquant: claves para pensar la marginalidad en el nuevo milenio

Omar Pereyra

En las principales ciudades del mundo, existen barrios caracterizados por la pobreza y continuo deterioro y cuyos nombres se repiten en los medios de comunicación, principalmente, por casos de violencia o criminalidad. Son conocidos como *ghettos* en Estados Unidos, *banlieues* en Francia, *favelas* en Brasil, *cantegriles* en Uruguay, villas miserias en Argentina o pueblos jóvenes o barriadas en Perú. Estos espacios aparecen estigmatizados como síntomas de una degradación social que amenaza con expandirse. El fenómeno tiene varios elementos que les son comunes y otros que los hacen particulares. Tal es el tema trabajado por Loïc Wacquant en dos libros cuya lectura se hace complementaria: *Parias urbanos* (2001)<sup>1</sup> y *Las cárceles de la miseria* (2000).<sup>2</sup> Ambos libros invitan a la reflexión sobre estos viejos temas, cada vez más actuales, y sobre las múltiples formas que adquiere la marginalidad y su relación con estos espacios urbanos.

Quizás la invitación más importante que nos hace Wacquant en ambos textos es pensar en términos relacionales.<sup>3</sup> Ello significa recordar que los hechos sociales, y en este caso la configuración espacial que estos adquieren,

---

<sup>1</sup> *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzo del milenio*. Buenos Aires: Manantial, 2001. El libro, aparecido en español en su edición original, es una compilación de artículos sobre la temática urbana y la exclusión publicados por Wacquant en diversas revistas norteamericanas y francesas.

<sup>2</sup> *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial, 2000. Aparecido en francés en su versión original bajo el título *Les Prisons de la Misère*. París: Raisons d'Agir, 1999.

<sup>3</sup> En este sentido, la mayor influencia tanto teórica como política en Wacquant es la de Pierre Bourdieu, de quien fuera alumno. Así, por ejemplo, en su estudio sobre los boxeadores de un barrio de Chicago (*Body and Soul: Ethnographic Notebooks of an Apprentice Boxer*. Nueva York: Oxford University Press, 2003), Wacquant trabaja los conceptos de *habitus* y campo cultural para analizar el *habitus* y campo pugilístico. En el plano político, ambos fundarían junto a otros intelectuales franceses el grupo *Raisons d'Agir*. El discurso de *Raisons d'Agir* critica duramente al modelo neoliberal y plantea, en cambio, la reconstitución del Estado de Bienestar. Entre los principales trabajos críticos de *Raisons d'Agir* se encuentran Bourdieu, Pierre (comp.). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999 (*La Misère du Monde*. París: Éditions du Seuil, 1993); Bourdieu, Pierre. *Contre-feux*. París: Raisons d'Agir, 1998; Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Contre-feux II*. París: Raisons d'Agir, 2003; y Wacquant, Loïc. *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial, 2000, trabajo que veremos en esta reseña.

son producto de una particular interacción de fuerzas *macroestructurales* (procesos políticos, económicos y culturales), instituciones y actores, tanto fuera como dentro del espacio, sea este un barrio, un *ghetto* o una barriada. Como veremos más adelante, esto significa que el Estado y las políticas sociales ocupan un lugar importante en el análisis sociológico. En un análisis de este tipo, es necesario tener en cuenta que los hechos sociales no son estáticos sino dinámicos y surgen de una complicada interrelación de poderes entre los actores en la escena. De igual manera, hay que recordar que los procesos sociales tienen intrincadas relaciones en los niveles macro y micro: es decir, los cambios en las grandes estructuras tienen correlato en la subjetividad de las personas y, a su vez, la conformación de la subjetividad crea y recrea los procesos *macrosociales* (recordando a Norbert Elias, la *sociogénesis* y la *psicogénesis* de los fenómenos sociales son dos caras de una misma moneda).

Hay cuatro grandes temas que se desprenden de la apuesta por pensar de forma relacional. El primero es la desconfianza ante los modelos, modas y categorías analíticas que buscan encasillar, simplificar y, con ello, desvanecer al fenómeno social. Wacquant, recordando a Mauss, nos invita a pensar en el hecho social de manera total: es decir, rechazar la fragmentación a la que muchas veces nos lleva el análisis estadístico centrado en las variables y que, en su forma más extrema, simplifica a la sociología para convertirla en un problema de matemáticas.

Un segundo tema es pensar la marginalidad y la ciudad de manera relacional. Ello significa rechazar la aritmética social de los técnicos y consultores que convierten a la pobreza en un problema de números o de indicadores del tipo cuántas personas se encuentran debajo de la línea de pobreza o qué porcentaje se encuentra con necesidades básicas insatisfechas. Si bien estos indicadores son importantes para tener un primer acercamiento al tema, es necesario llenarlos de contenido, recordar que son expresión de un fenómeno social. Parte central del análisis sociológico es reflexionar qué significa vivir una situación de pobreza o qué implicancias tiene vivir la condición marginal.

El tercer gran tema es la desconfianza de las modas sociológicas que piensan lo social con categorías venidas de afuera, sin asumir una postura crítica ante ellas, intentando aplicarlas mecánicamente en contextos distintos a aquellos donde fueron producidas y con el vocabulario seudocientífico de las grandes agencias de cooperación. Ante ello, pensar de manera relacional significa comprender al fenómeno social dentro de los grandes procesos sociales captando sus similitudes con otras realidades pero también sus particularidades y propios procesos históricos. Asimismo, significa para el investigador asumir el reto de pensar lo social con un andamiaje teórico pertinente y construir, en forma rigurosa y crítica, categorías de análisis adecuadas. Finalmente, rechazando el modelo de intelectual que mira el objeto desde afuera y que evita el trabajo de campo y lo ve como una actividad inferior o poco calificada, la perspectiva relacional pone al trabajo etnográfico y a la observación participante como métodos por excelencia del análisis social, tarea que el científico social debe asumir.

La marginalidad y los espacios donde esta se concentra en el plano urbano no son uniformes en todo el mundo. En efecto, como nos menciona Wacquant:

[...] los regímenes de marginalidad urbana son bestias complejas y caprichosas; están compuestos por conjuntos imperfectamente articulados de mecanismos institucionales vinculantes de la economía, el Estado, el lugar y la sociedad que no evolucionan al unísono y, por otra parte, difieren de manera significativa de país en país, según las concepciones e instituciones nacionales de la ciudadanía. (Wacquant 2001: 180)

Por ello, una barriada es una formación sumamente diferente a un *ghetto* y este, a su vez, es distinto a una *favela*. Lo mismo sucede con la marginalidad en Estados Unidos, en Europa, el cono sur o demás zonas periféricas del sistema mundo. Sin embargo, hay procesos comunes en la génesis y consolidación de estas criaturas y espacios. Para analizar la manera como cobran vida estas relaciones, Wacquant centra su análisis y compara los casos de Estados Unidos y Europa.

### 1. Señales de una marginalidad avanzada

El nuevo siglo presenta dos tendencias antagónicas: por un lado, una modernización económica acelerada, una nueva división internacional del trabajo, nuevas industrias en donde el conocimiento aparece como materia prima fundamental, revolucionarias tecnologías de la información; y, por otro lado, una modernización de la miseria traducida en un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad urbanas. Este nuevo régimen de marginalidad social parece permanente, pues los canales de movilidad social se hacen cada vez más estrechos y, a su vez, se profundizan los abismos entre las personas confinadas en barrios de *mala fama* y el resto de la sociedad. Sería en Estados Unidos e Inglaterra y sus principales ciudades en donde el Estado se ha reducido al máximo abandonando sus antiguas responsabilidades a las fuerzas del mercado, donde el nuevo régimen de desigualdad cobra su forma más pura y va acompañada por la rígida y creciente separación espacial y social entre las personas blancas y de color. El fenómeno se repite, aunque de manera atenuada, en países donde el Estado no ha cedido en todas sus antiguas funciones, como es el caso de la zona escandinava y el norte de Europa.

El nuevo régimen de marginalidad emergente parece ser producto de cuatro lógicas que, combinadas e implementadas en mayor o menor intensidad, da como resultado particulares configuraciones de país en país:

- *Dinámica macrosocial*. Se encuentra caracterizada por el resurgimiento de la desigualdad social. La marginalidad emergente no es producto del atraso, el estancamiento o crisis económica, sino de la «[...] desigualdad creciente en el contexto de un avance y una prosperidad económica global» (Wacquant 2001: 171). Los cada vez mayores niveles de desigualdad económica reflejados en la concentración de ingresos en un pequeño grupo y la pobreza y exclusión de grandes mayorías se convierten en el rasgo principal del modelo de crecimiento en nuestra época.
- *Dinámica económica*. La nueva marginalidad es producto de una doble transformación en la esfera del trabajo: una cuantitativa, caracterizada por la eliminación de millones de empleos semicalificados; otra cualitativa, que implica la degradación y dispersión de las condiciones básicas de empleo, remuneración y seguridad social. En este nuevo

- ordenamiento laboral. «[...] una fracción significativa de la clase obrera se ha convertido en superflua y constituye «población excedente absoluta» que probablemente nunca vuelva a encontrar trabajo» (Wacquant 2001: 174). En esta etapa, aparece también el trabajo flexible, sin derechos laborales ni seguridad social, además de la privatización de los servicios sociales. El crecimiento económico descansa entonces y es posible gracias a la pobreza de grandes contingentes de población.
- *Dinámica política.* Se encuentra caracterizada por lo que Wacquant denomina la destrucción de los Estados de Bienestar. La acción del Estado, mediante la práctica o, en este caso, ausencia de políticas sociales, aparece como un gran sistema de estratificación y estancamiento social, pues el achicamiento de sus funciones y, por tanto, su irresponsabilidad social impide el acceso a una educación y empleo adecuados. *Las funciones del Estado quedan reducidas a la asistencia fragmentaria, con cada vez menor presupuesto, de población indigente y por medio de servicios como alimentación y vestido. De esta manera, «[...] el achicamiento y la desarticulación del Estado de Bienestar son dos de las grandes causas del deterioro y la indigencia sociales visibles en las metrópolis de las sociedades avanzadas»* (Wacquant 2001: 176).
  - *Dinámica espacial.* El proceso se encuentra caracterizado por la concentración geográfica y la imposición de estigmas a la población marginal: «[...] la marginalidad muestra una tendencia a conglomerarse en áreas «irreductibles» y a las que «no se puede ir», que son claramente identificadas» (Wacquant 2001: 178). La nueva marginalidad en el primer mundo queda así localizada y encerrada en los *ghettos*, *banlieues* o barrios obreros o de inmigrantes. Igualmente, cae un estigma negativo y sensacionalista sobre los pobladores de estos lugares. Las dinámicas de empobrecimiento y de imponer estigmas a los habitantes de estos espacios genera, a su vez, el debilitamiento del sentido de solidaridad barrial y la proliferación de estrategias individuales y de escape.

Un punto de reflexión en este tema es que, como el mismo Wacquant nos invita a pensar, el sistema de marginalidad en América Latina se presenta de manera diferente. Una primera diferencia obvia podría ser que Wacquant se refiere a los sistemas de marginalidad en el primer mundo. La vieja distinción entre centro y periferia propuesta por la teoría de la dependencia y, más adelante por Wallerstein, podrían dar viejas nuevas luces para pensar la marginalidad en realidades como la nuestra. ¿Sería pertinente una categoría como marginalidad periférica? ¿Cómo llenar de contenido tal categoría? Para nuestro caso, existen avances importantes en los debates un poco dejados de lado hoy en día entre Nun, Quijano y Cardoso (masa marginal, polo marginal, ejército industrial de reserva o superpoblación relativa). En el nuevo siglo, se hace fundamental una nueva lectura de estos temas bajo estos nuevos procesos.

Un segundo orden de preguntas se presenta con respecto a la forma como se da la retirada del Estado en América Latina con las reformas neoliberales. Una primera impresión es que tal retirada es parcial o, en todo caso, diferente, pues si algo es notorio en las barriadas o pueblos jóvenes son los carteles de los diferentes programas de los ministerios con claros

usos populistas y electorales. El tema tiene que ver con la forma en que se vive la ciudadanía y las relaciones entre el Estado y la sociedad civil en sociedades como la nuestra. Un hecho importante que debe tomarse en cuenta es que, en América Latina, no existió propiamente un Estado de Bienestar, sino que, más bien, durante los años ochenta tuvimos un modelo parecido al corporativo. Es decir, nuestro ingreso al modelo neoliberal es desde un régimen diferente y en un contexto económico y político completamente distinto. De igual modo, hay que pensar qué papel tienen las políticas sociales y la planificación urbana con relación a la ciudad cuando la mayor parte de los servicios básicos en esta han sido autoconstruidos o implementados gracias a la participación vecinal.

Un tercer tema de reflexión con respecto a la marginalidad en América Latina es qué ocurre cuando esta es mayoritaria de forma abrumadora. La marginalidad, en nuestro caso, no se trata de un fenómeno necesariamente localizado y concentrado, sino que es masivo y está presente en prácticamente toda la ciudad. Todos estos temas nos llevan a continuar la reflexión sobre qué significa y cómo se vive la marginalidad en el Perú o América Latina: ¿cómo se da la interrelación entre los procesos que menciona Wacquant en nuestro caso? ¿Existen otros procesos a tomar en consideración? ¿Qué tipo de régimen de marginalidad existe en nuestro caso?

## 2. Del *ghetto* comunal al *hiperghetto* y otras formas urbano-marginales

El *ghetto*, *banlieu* u otras formaciones sociales deben ser entendidas como espacios abiertos; es decir, se debe tener en cuenta tanto las dinámicas externas del conjunto de procesos sociales que los afectan, al igual que las relaciones entre actores e instituciones, pero también las dinámicas y procesos internos que configuran su forma, las relaciones de poder existentes, las dinámicas económicas y la conformación de la subjetividad o personalidad de sus habitantes. Teniendo estos elementos en cuenta, Wacquant nos describe el proceso de transición en Estados Unidos del *ghetto* comunal de fines de la Segunda Guerra Mundial a una nueva forma social y espacial a la que denomina el *hiperghetto*.

El *ghetto* comunal puede ser entendido como una forma social producida por la dura división de razas al interior de los Estados Unidos. Por ello, la comunidad negra se congregaba en espacios compactos que funcionaban al margen de la sociedad blanca, los cuales tenían su propia división del trabajo y estratificación social, así como una alta conciencia racial unificada y amplias formas de movilización social. El *ghetto* comunal constituía así una suerte de ciudad dentro de la ciudad. A diferencia de este modelo, a inicios de los años ochenta y noventa, surge el *hiperghetto*, expresión de una «[...] exacerbación de la histórica exclusión racial tamizada por un prisma de clase» (Wacquant 2001: 110), lo cual lo constituye en una forma social, espacial y de organización novedosa. A diferencia del *ghetto* comunal, el *hiperghetto* de los años noventa ya no tiene mayor diferenciación social ni división del trabajo en su interior. Ya no tiene instituciones de alcance comunitario como lo eran las iglesias, la prensa negra u otras, sino, más bien, programas sociales dirigidos a las poblaciones problema marginalizadas. Ya no se presenta como «reservorio de trabajadores industriales

disponibles» sino como «mero lugar de desecho» de población sin mayor uso ni participación política ni económica. Finalmente, el *hiperghetto* se encuentra erosionado por la inseguridad tanto económica (trabajo precario, eventual e informal), social (sin servicios sociales) y física (altos índices de criminalidad y violencia).

El tránsito del *ghetto* comunal al *hiperghetto* puede ser explicado por la interacción de tres procesos principales. El primero es la *despacificación* de la vida cotidiana, es decir, que la violencia aparece como una constante en la vida de sus habitantes, que transforma sus rutinas diarias y la infraestructura física de las viviendas y negocios, y genera una atmósfera de desconfianza y temor que acaba debilitando los vínculos sociales comunitarios. El segundo proceso es la *desdiferenciación* social, caracterizado por la desaparición gradual de los hogares estables de las clases trabajadoras y medias afroamericanas, la *desproletarización* de los residentes que aún viven ahí y la cada vez mayor precariedad económica de sus habitantes. El tercero es la *informalización* económica, es decir, el crecimiento de una economía no regulada, en donde cobran cada vez más importancia la venta de drogas y otras actividades ilegales.

Wacquant menciona que, además, existe un proceso de *hiperguetización*, el cual tiene dos raíces principales: los cambios en la economía urbana y las estructuras y políticas del Estado norteamericano federal y local. Ambos procesos se encuentran dinamizando la *hiperguetización* y tienen como engranaje fundamental la rígida segregación espacial en las ciudades norteamericanas que se perpetúa por la inacción política y la fragmentación administrativa. La inacción del Estado en tanto proveedor de bienes y servicios básicos de subsistencia, al igual que las consecuencias de la reestructuración de la economía, acaban dinamizando y acelerando los tres procesos productores del *hiperghetto* y, con ello, el proceso mismo de *hiperguetización*.

Sin embargo, la retirada del Estado del ámbito local no es completa. A la par del proceso de destrucción del Estado de Bienestar en cuanto a servicios y derechos sociales, existe también una arremetida del Estado en su función de vigilancia y control. Dicha nueva función se encuentra dirigida a contener y disciplinar a los grupos disfuncionales localizados en los nuevos *hiperghettos*. *Violencia económica* de parte del mercado e inacción del Estado, *violencia simbólica* de los medios de comunicación y los actores políticos y *violencia física* de parte de los aparatos de vigilancia del Estado se consolidan como nuevos procesos en estos barrios y en las experiencias subjetivas de sus habitantes.

Como mencionamos más arriba, los regímenes de marginalidad no son idénticos en todos lados. Wacquant menciona que existen similitudes y diferencias entre el caso europeo y norteamericano. En primer lugar, en Europa, no existe un proceso de *guetificación* si entendemos por ello espacios cultural y étnicamente uniformes. Ejemplo de ello es que los barrios marginales en Europa son concentraciones de inmigrantes de diverso origen, en donde, más bien, existe un índice creciente de matrimonios mixtos. En segundo lugar, en Europa, la gran mayoría de las actividades de los habitantes de estos lugares no se desarrolla en el mismo espacio, como ocurre en el *hiperghetto* norteamericano; es decir, en el caso europeo, la población realiza más desplazamientos diarios fuera de sus barrios y estos aparecen más como espacios de descanso y sociabilidad fuera del ámbito laboral. En tercer lugar, en Europa,

estos espacios no se encuentran completamente abandonados por el Estado, aunque el alcance de sus programas se ve cada vez más restringido. Finalmente, si bien existe una creciente preponderancia de las divisiones y las tensiones étnicas y raciales, el conflicto étnico no cobra la forma de una división del espacio en términos raciales, sino que se basa, más bien, en la cercanía en el espacio social y físico.

Para terminar esta sección con una comparación con el caso peruano, nuevamente habría que pensar en la pertinencia de la variable raza en la conformación de nuestras barriadas o pueblos jóvenes. Como sabemos, existe un largo y complicado proceso de mestizaje, tema que lleva a cuestionar la idea de hablar estrictamente de razas o grupos étnicos en Lima. La población de Lima es mayoritariamente mestiza, aunque sí existe una concentración de la riqueza en sectores de fenotipo blanco y descendientes de inmigrantes extranjeros. Sin embargo, el tipo mestizo no se asocia necesariamente con el hecho de vivir en estos espacios. El proceso de movilidad social y migración del campo a la ciudad, en nuestro caso, parece haber borrado la división estamental de la antigua Lima señorial. El factor clase social (últimamente dejado de lado en los análisis sociales) podría tener mayor pertinencia para pensar en la población de estos espacios.

De igual manera, las barriadas, pueblos jóvenes y tugurios de Lima no se presentan como espacios cerrados. La población de estos espacios se desplaza por toda la ciudad, tanto porque sus redes familiares o amicales se extienden fuera de sus barrios como por motivos laborales o económicos. Igualmente, si bien puede existir una tendencia hacia la fragmentación, segregación y desarticulación de la ciudad, los desplazamientos familiares también se eslabonan con otros circuitos urbanos de tipo económico, comercial o laboral. Finalmente, en los últimos años, aparecen señales de un proceso de diferenciación social al interior de estos espacios y de movilidad social ascendente sin desplazamiento geográfico, a la vez que existen procesos de concentración y reproducción de la pobreza entre generaciones.

### 3. El auge del *Estado penal*

La sociedad moderna del capitalismo *postfordista* no puede ser entendida si no tomamos en cuenta una triple transformación: destrucción del Estado de Bienestar keynesiano, auge del libre mercado y, finalmente —y consecuencia tanto social como ideológica de las dos primeras—, el auge del Estado penal. Ello supone el desvanecimiento del Estado en términos de responsabilidad social y el fortalecimiento del Estado en términos de control y disciplina. El origen, la conformación y actual expansión de este Estado penal y sus políticas son trabajados por Wacquant en *Las cárceles de la miseria*, libro que reúne dos ensayos críticos sobre el tema y se centra en el caso de Estados Unidos y la difusión de estas políticas en Europa.

Como ya había sido visto en *Parias urbanos*, el auge del libre mercado y las políticas neoliberales que expulsan de manera estructural a grandes contingentes de población del mercado de trabajo tiene como consecuencia, en las ciudades, la mayor práctica de estrategias de supervivencia en las calles, tanto mediante el trabajo precario informal como mediante el aumento de la pequeña delincuencia. Tales efectos llevan a los círculos

*ultraconservadores* de la derecha, a los partidarios de la tercera vía y a algunos sectores de la denominada nueva izquierda a unirse para promover y poner en marcha las nuevas y, a la vez, *ultra rudimentarias* políticas contra la delincuencia conocidas como la tolerancia cero y difundidas mundialmente por William Bratton. Y es que, para estos círculos, el Estado debe tener *mano dura* contra la delincuencia y usar todos los mecanismos a su alcance para combatir a los delincuentes, no así a las causas de la criminalidad.<sup>4</sup> Dichas medidas consisten en establecer un régimen de *ultra-vigilancia* en las ciudades mediante mecanismos como cámaras de video en las calles; aumento de integrantes de las fuerzas policiales, patrulleros y helicópteros; sistemas estadísticos y satelitales extremadamente sofisticados que pueden ser supervisados desde las unidades móviles; y, principalmente, el *stop and frisk* (medida emblemática de la tolerancia cero), que consiste en *detener y cachear a todo individuo que parezca razonablemente sospechoso*. Acompañan a esta serie de medidas una mayor flexibilidad legal para ampliar el margen de acción a la policía, la agilización de los procesos judiciales y el endurecimiento de las penas a los delincuentes. Consecuencia de este proceso es el creciente aumento del presupuesto estatal en seguridad y cárceles y, en contraste, la reducción del presupuesto en políticas y servicios sociales (educación, salud, empleo).

El nuevo régimen de trabajo inseguro y sin regulaciones para las grandes mayorías instaurado por el libre mercado trae como consecuencia un conjunto de población que resulta disfuncional, que no encuentra espacio en el mercado de trabajo o que *sobra* y puede llegar a tener conductas derivadas de la carencia de normas sociales o de su degradación o perturbadoras del orden. Es, finalmente, hacia esta población a la que acaba dirigiéndose la acción del Estado penal y, en las ciudades del primer mundo, estas resultan ser las minorías étnicas, los inmigrantes, los pobladores de los *ghettos*, los pobres. Así, la nueva relación del Estado con los barrios o *ghettos* en el primer mundo no es mediante programas sociales, sino por medio de una focalización de operativos represivos: las políticas de tolerancia cero como el *stop and frisk*, el rastrillaje en las calles y los altos índices carcelarios que se concentran en población negra en Estados Unidos y en inmigrantes en Europa. De esta manera, la sociedad *postkeynesiana* se sustenta en una doble lógica:

[...] por un lado, en la disciplina del mercado laboral descalificado y desregulado [sic] y, por otro, en un aparato penal invasor y omnipresente. Mano invisible del mercado y puño de hierro del Estado se conjugan y se complementan para lograr una mejor aceptación del trabajo asalariado desocializado [sic] y la inseguridad social que implica. (Wacquant 2000: 165-166)

El modelo no estaría completo si no agregamos un último factor: la imposición del trabajo asalariado forzado (más allá de los límites del derecho laboral y social) para los detenidos por el sistema penal y para aque-

---

<sup>4</sup> Tratando de ridiculizar a los analistas sociales y los diagnósticos, Bratton afirma: «[...] la desocupación no está relacionada con el delito» y luego «la causa del delito es el mal comportamiento de los individuos y no la consecuencia de condiciones sociales» (Discurso de Bratton en Buenos Aires en el año 2000, citado por Wacquant 2000: 11).



llos beneficiarios de los pocos y restringidos programas de bienestar social remanentes. La imposición del trabajo aparece como una manera de fortalecer moralmente y disciplinar a los individuos transgresores o disfuncionales, al mismo tiempo que afirma la *mano de hierro* o imagen ahora paternalista y viril del *Estado penitencia* frente a la anterior imagen de carácter maternal del *Estado providencia*, del *welfare* al *workfare*.<sup>5</sup> En palabras del autor:

Así, pues, la utilidad del aparato penal en la era postkeynesiana [sic] del empleo inseguro es triple: sirve para disciplinar a los sectores de la clase obrera reacios al nuevo trabajo asalariado precario en los servicios; neutraliza y excluye a sus *elementos disociadores* o a los que se consideran superfluos con respecto a las mutaciones de la oferta de empleos; y reafirma la autoridad del Estado en el dominio restringido que en lo sucesivo le corresponde. (Wacquant 2000: 166)

El régimen del Estado penal se difunde por las principales ciudades. Wacquant explica cómo este proceso de difusión se realiza en tres etapas (Wacquant 2000: 166-167).<sup>6</sup> Una primera fase es la de gestación y puesta en acción (y en exhibición) en las ciudades norteamericanas y particularmente en Nueva York. Se trata de la etapa en cual se impone la política de tolerancia cero cuando William Bratton es nombrado director de la policía de esa ciudad. Luego de los resultados de la imposición de tal política, Nueva York es erigida como la meca de la seguridad. La segunda etapa es la del *import-export* mediante los contactos políticos y académicos de los gestores de la tolerancia cero hacia las principales ciudades de Europa. En esta fase, Inglaterra, y en particular Londres, serviría como *cámara de aclimatación*, que, cual caballo de Troya, facilitaría la difusión e implantación de la tolerancia cero en Europa. Los contactos entre republicanos en Estados Unidos y los círculos *ultraconservadores* y partidarios de la tercera vía en Inglaterra facilitan el desarrollo de esta fase. La tercera y última etapa

---

<sup>5</sup> Es a lo que Tony Blair se refiere con las «obligaciones de la ciudadanía» cuando comenta que «[...] si bien el Estado debe prohibirse ayudar materialmente a los pobres, le corresponde de todas maneras sostenerlos moralmente con la imposición de trabajar» (citado por Wacquant 2000: 44).

<sup>6</sup> El modelo de análisis seguido por Wacquant para este caso se encuentra trabajado anteriormente en Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant. *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona: Paidós, 2001 («Sur les ruses de la raison impérialiste». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n.º 121-122, marzo de 1998). En dicho artículo, los autores trabajan la difusión a escala mundial de modas intelectuales (expresamente, el *rational choice*, los estudios culturales, la *multiculturalidad*, la teoría de juegos), acompañadas muchas veces de intereses políticos, *lobbies* internacionales por medio de agencias de cooperación o universidades y, a su vez, una enorme maquinaria editorial. Piénsese en la rapidez con la que se difunden conceptos como los de *brockers* políticos, raza, globalización, *empoderamiento* y otros. Según los autores, la facilidad y, la vez, la ausencia de una postura crítica con la que estos conceptos se asumen en realidades completamente diferentes de las de donde fueron creados son señales de la difusión y hegemonía de un esquema único de pensamiento que se presenta no solo como de avanzada sino como la manera adecuada y legítima de hacer las cosas.

consiste en brindar un barniz científico a estas teorías. En esta etapa, aparecen nuevos criminólogos y académicos, muchas veces vinculados a estos círculos políticos o manipulados por estos, que dan su aprobación científica a estas políticas. En esta última fase, también hay una gran difusión editorial y por medio de los medios de comunicación, que facilita la aprobación y legitimidad de la aplicación de la *mano de hierro* del Estado a la delincuencia.

Como se mencionó anteriormente, la política penitenciaria, en última instancia, se dirige hacia los elementos disfuncionales en el nuevo sistema de trabajo. Contrariamente a lo que dice el sentido común, las cárceles en Estados Unidos no están llenas de criminales de alta peligrosidad, sino de pequeños ladrones, vendedores de estupefacientes y perturbadores del orden público, que generalmente provienen de sectores empobrecidos y de familias que conforman el *subproletariado* de color. Así, la población carcelaria en Estados Unidos se triplicó de 1975 a 1998 (casi dos millones de presos) y tuvo un crecimiento anual de alrededor del 8% a lo largo de la década del noventa. Igualmente, existe una diferencial por raza: mientras un negro tiene una probabilidad de 1 sobre 4 de pasar, por lo menos, un año de cárcel, un latino tiene una probabilidad de 1 sobre 10 y un blanco de 1 sobre 23. Esta diferencial se hace mucho más fuerte entre los jóvenes: uno cada diez jóvenes negros entre 18 y 34 años se encuentra en prisión y uno de cada tres está bajo la supervisión de la justicia criminal o detenido en algún momento en el transcurso de un año. Sucede una situación similar en la Unión Europea, en donde Inglaterra sufre un aumento de la población carcelaria del 43% de 1983 a 1997, Francia del 39%, Italia del 20%, Bélgica del 28%, Irlanda del 66%, España del 192%, Portugal del 140% y Holanda del 240%. La misma diferencia que existe en Estados Unidos hacia los negros existe también en Europa con los inmigrantes, sobre todo los de segunda generación (los que precisamente son no inmigrantes), que, a su vez, al igual que los negros y latinos en Estados Unidos, son los grupos más vulnerables tanto en el mercado laboral como en los programas asistenciales del Estado. En Inglaterra, un negro de origen caribeño tiene siete veces más probabilidades de ir a prisión que un latino o un asiático. En Alemania, los gitanos tienen veinte veces más probabilidades de ser encarcelados que los ciudadanos locales, los marroquíes ocho veces y los turcos entre tres y cuatro. En Bélgica, el índice de encarcelamiento de los extranjeros es seis veces más elevado que el de los nativos. En Francia, la participación de los extranjeros en la población carcelaria era del 18% en 1975 y subió al 29% en 1995, a pesar de que la población extranjera representa solo el 6% de la población total del país. Paralelamente, los Estados realizan operativos de rastillaje principalmente en las *zonas sensibles* de las ciudades, es decir, los *ghettos* negros y latinos en Estados Unidos, *banlieues* francesas o sus similares en los diferentes países.

Wacquant nos señala que el efecto en todos los países termina por ser el mismo: criminalizar y encerrar la pobreza. Efectivamente, tanto para el sentido común de la población y de los medios de comunicación como para los diseñadores y ejecutores de las políticas del Estado contra el delito, la efectividad de estas se mide de acuerdo al número de intervenciones, procesos judiciales y población carcelaria, sin reparar en que las víctimas de tales medidas son principalmente población disfuncional que el mercado de tra-

bajo no logra insertar: *malos pobres* que no se someten a las nuevas reglas de juego.

Con respecto a las salidas a los procesos de marginalidad avanzada, aumento de la criminalidad y auge del Estado penal, Wacquant nos invita a pensar en la reconstitución del Estado de Bienestar y, con ello, a que el Estado vuelva a asumir sus responsabilidades con los ciudadanos. Wacquant señala como ejemplos de comparación a los países escandinavos —aquellos en los que el Estado no se ha desprendido de sus principales funciones— como sociedades en donde el sistema de marginalidad no logra ser tan extremo ni territorial como en los países en donde se ha llevado a cabo el proceso de retracción de las responsabilidades del Estado. A su vez, los países escandinavos no muestran mayores tasas de aumento de la criminalidad. En dichos países, el Estado tampoco ha optado por las políticas Bratton sino por los programas sociales en los barrios. Consecuentemente, no existe el proceso de criminalización de la miseria ni de los inmigrantes. De hecho, la propuesta fundamental de Wacquant con respecto al tema se centra en enfrentar las causas de la delincuencia, es decir, los sistemas de marginalidad y exclusión.

Otros ejemplos de modelos para enfrentar la criminalidad fuera del Estado de Bienestar son Boston y San Diego, en donde se emprendieron políticas de alianza con las organizaciones comunales y se cuenta con la participación activa de los residentes. Este modelo de *community policing* muestra tener mejores resultados que la política de tolerancia cero con respecto a la disminución de delitos, además de aumentar la confianza entre policía y ciudadanía e implicar mucho menor número de policías y presupuesto. Posteriormente, otras ciudades como Portland, Indianápolis, Memphis y New Haven adoptaron este modelo con resultados similares.

Si bien este modelo de *Estado penal* no se manifiesta (aún) en Lima, *Las cárceles de la miseria* se presenta como una excelente lectura crítica de las actuales políticas contra la delincuencia y, a su vez, como marco de análisis y reflexión para un debate tan actual como este. La llegada de Bratton a diferentes ciudades de América Latina, incluida Lima, y la cada vez mayor exigencia de la opinión pública, medios de comunicación y políticos de adoptar medidas punitivas de este tipo debe poner en estado de alerta a intelectuales y diseñadores de políticas y, a su vez, invitar a la reflexión sobre maneras efectivas de enfrentar la criminalidad. La criminalidad y las políticas contra la delincuencia se presentan también como un nuevo tema de interés para pensar los derechos humanos no solo desde una perspectiva de ciudadanía civil y política, sino teniendo en cuenta su base fundamental: los derechos sociales (también venidos a menos últimamente).

Habría que observar detenidamente el nuevo proyecto de seguridad ciudadana y el debate en torno de este. Al parecer, no es muy claro en qué va a desembocar este proceso y es que no hay ningún actor (ni la Municipalidad, ni el Ministerio del Interior, ni la policía, ni los políticos) que tenga una postura clara sobre el tema y menos aun que se muestre capaz de lograr hegemonía en el campo punitivo para seguir con las categorías de Bourdieu. El mismo *Informe Bratton*, avalado por Alberto Andrade Carmona, ex alcalde de Lima, parece estar en cuestión por la administración de Luis Castañeda Lossio, a pesar de que él mismo da señales de tener en mente un

plan igual de represivo.<sup>7</sup> Una cosa es clara en nuestro debate frente a la criminalidad y es que ninguno de los planteamientos para enfrentarla incluye una lucha contra las causas de la delincuencia, a saber, el aumento de los niveles de pobreza en la ciudad y el desempleo. Las propuestas van más en el sentido de aumentar la vigilancia con o sin el apoyo de la ciudadanía y, por supuesto, aumentar las penas. En este sentido, es obvia la pregunta: ¿qué es el proyecto de seguridad ciudadana? ¿Es una variante del Plan Bratton en una ciudad sin los recursos suficientes? ¿Desencadenará en otro sistema de *supervigilancia* o en una emulación del modelo de *community policing*?

## Bibliografía

WACQUANT, Loïc

2000 *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.

2001 *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a inicios del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

---

7

En realidad, la postura de Castañeda Lossio no es del todo clara con respecto al Informe Bratton. Por un lado, señala no darle mayor importancia y lo califica como «una serie de ideas generales»; pero, por otro, sigue sus principales recomendaciones: la instalación de un distrito modelo (en nuestro caso, Surquillo), la instalación de sistemas de seguridad en las calles (en nuestro caso, la instalación de cámaras de video en la avenida Angamos y otros puntos de la ciudad), aumento del presupuesto en tecnología de seguridad (sistemas informáticos, cartográficos, estadísticos y de control y supervisión) y un respaldo a toda iniciativa para aumentar la vigilancia, incluyendo aumentar las penas y la agilidad de los procesos penales. Por otra parte, Castañeda Lossio, al igual que la Policía Nacional del Perú, muestra desconfianza y rechazo al trabajo conjunto con la población. Su apuesta es, más bien, por delegar mayor margen de acción a los serenos y la policía, lo cual incluye armar a los serenos.